Arrepentimiento para alcanzar la gracia de Dios // Miguel Diez RETIRO DE MUJERES ESTHER 2025

El Antiguo Pacto y las Consecuencias del Irrespeto a Dios

Antes de la venida de Jesucristo, Dios instituyó el Antiguo Pacto al entregar la ley de Moisés en el monte Sinaí. Esta ley revelaba la santidad de Dios y la gravedad del pecado humano. Los relatos bíblicos muestran que deshonrar a Dios tenía consecuencias inmediatas: 3,000 personas murieron al pretender acercarse al monte sin purificación, y Perezuza perdió la vida por tocar el arca sin reverencia. Estos episodios subrayan que la santidad divina no debía tomarse a la ligera y que la humanidad, sin la gracia de Dios, no podía sostenerse bajo la severidad de la ley.

El Pecado Oculto y la Necesidad de Confesión

El pecado oculto es un intento de engañar a Dios, algo imposible, como demuestra la historia de Ananías y Safira. Ellos quisieron aparentar santidad, pero su fraude fue descubierto por el Espíritu Santo. El verdadero arrepentimiento exige sinceridad absoluta: confesar el pecado ante Dios y, cuando corresponde, ante quienes fueron ofendidos. La restauración incluye humillarse, reconocer la falta y reparar el daño. Un perdón que excluye a los afectados no es completo, salvo que estas personas ya no vivan. Dios busca autenticidad, no apariencias.

La Gracia del Nuevo Pacto en Jesucristo

Después de que la ley expusiera la incapacidad humana para alcanzar la justicia, Dios estableció un nuevo pacto en Jesucristo. Este pacto se basa en la gracia: un regalo inmerecido que el hombre nunca podrá justificar por méritos personales. No existe razonamiento capaz de minimizar el pecado, por lo que solo queda aceptar la misericordia divina. En Cristo, Dios ofrece un camino de perdón y restauración. Su reino no solo transforma naciones, sino corazones que reciben la justicia y la misericordia divinas.

La Justicia Divina y la Obra de Cristo

La ley condena al pecador y Satanás actúa como acusador, señalando la culpa humana. Sin embargo, Jesucristo vino a hacer justicia en los corazones y a justificar por la fe a los que creen. Romanos afirma que somos justificados por la fe y recibimos paz con Dios. El arrepentimiento es un don producido por el Espíritu Santo, una transformación profunda que lleva a aborrecer la vieja naturaleza de pecado y buscar la liberación. Sin arrepentimiento, el individuo permanece esclavo del mal y vulnerable a la tentación.

La Importancia del Arrepentimiento para la Liberación

No arrepentirse da lugar a una vida espiritual frágil, llena de culpa y remordimiento, que incluso puede desembocar en enfermedades físicas o psicológicas. El pecado no confesado se convierte en un peso que corroe la conciencia. Pero la justicia de Dios, manifestada en Jesucristo, trae libertad y sanidad. La Biblia enseña que esta justicia se recibe por fe y no por obras. Solo la fe en Cristo puede liberar al ser humano del poder destructivo del pecado y del tormento interno.

El Orgullo Humano y la Fe en Cristo

El orgullo es un enemigo directo de la fe. Algunos confían más en su identidad, ideología o cultura —como puede ocurrir en regiones con fuerte identidad nacionalista— que en Jesucristo. Pero la fe verdadera implica aceptar todas las palabras de Cristo, incluso las que confrontan. Jesús comenzó su ministerio llamando al arrepentimiento porque sin este paso inicial no hay transformación. La postura correcta delante de Dios no es decir "estoy orgulloso", sino reconocer nuestra miseria espiritual y nuestra necesidad de redención.

La Palabra de Dios y la Redención

La Palabra de Dios actúa como espada de doble filo que penetra hasta dejar al descubierto la intención del corazón. Resistirla solo fortalece el orgullo humano. Todos somos culpables y necesitamos la redención que solo Cristo puede dar. Su sacrificio borra nuestros pecados del libro de la vida y nos concede acceso al perdón. Aun así, la gratitud y el amor hacia Dios siempre serán insuficientes ante la magnitud de su obra, pero deben mantenerse vivos en el corazón del creyente.

La Necesidad del Arrepentimiento Para Recibir Perdón

Aunque la sangre de Cristo tiene poder para limpiar todo pecado, existe un requisito previo: arrepentirse. Dios quiere perdonar a todos, pero no puede perdonar a quien no desea abandonar el pecado. El verdadero arrepentimiento aborrece el mal, desea la libertad espiritual y rechaza toda actitud que ofenda a Dios. Si se ama el pecado, no puede haber perdón; si se aborrece, Dios extiende su misericordia y restaura al alma arrepentida.

La Naturaleza del Pecado y la Herencia del Orgullo

Desde la caída de Adán y Eva, la humanidad vive bajo la herencia del pecado y del orgullo. El deseo de ser como Dios sigue presente en la naturaleza humana, así como la tendencia a usar cualquier medio —incluso métodos "diabólicos" o la búsqueda de inmortalidad mediante la ciencia— para salvar la propia vida. Pero la Biblia enseña que el hombre es bienaventurado cuando Dios le atribuye justicia sin obras. Ningún esfuerzo humano puede pagar la deuda espiritual; solo la justicia gratuita ofrecida por Cristo lo logra.

La Paz y la Bienaventuranza al Ser Perdonados

La paz verdadera viene de vivir sin culpa. Quien ha recibido el perdón y mantiene su conciencia limpia puede considerarse bienaventurado. Esta paz brota de una conciencia que discierne el pecado y se arrepiente rápidamente. No hay pecados pequeños; todos son peligrosos y pueden transformarse en grandes perversiones. Por eso es esencial mantener una obediencia constante que preserve el corazón del engaño y la autocomplacencia.

La Hipocresía, la Culpa y la Urgencia de Pureza

La hipocresía es comparada con una levadura que corrompe todo el corazón. Se puede cantar, bailar o aplaudir en un contexto religioso, pero si el corazón no está dispuesto a ser transformado, se vive en engaño. Pecados como la fornicación o el aborto pueden generar una culpa tan profunda que llevan a la desesperación e incluso al suicidio. Sin embargo, cuando se confiesan con sinceridad, Dios puede perdonar incluso los pecados más graves. La sangre de Cristo limpia completamente

al corazón arrepentido.

La Fe Verdadera y la Obediencia a Cristo

La fe verdadera no es sentimentalismo, educación religiosa ni simple conocimiento intelectual. Nace al conocer personalmente a Dios, lo que trae convicción de pecado, justicia y juicio, como enseña el Evangelio de Juan. La fe sin obediencia se convierte en hipocresía. En este sentido, el pecado oculto actúa como un cáncer espiritual que debe ser extirpado. El perdón de Dios debe ser total para que la persona viva sin condenación y con una conciencia libre.

La Voluntad de Dios y la Necesidad de Consultarlo Todo

La vida cristiana implica consultar la voluntad de Dios en cada decisión, grande o pequeña. Aunque Dios es omnipresente, su dirección para cada persona es precisa y personal. La desobediencia genera angustia e insatisfacción, mientras que la obediencia produce gozo y paz. La comunión con Dios consiste en vivir en constante dependencia, no tomando decisiones sin su guía y aceptando que su voluntad es perfecta.

La Conciencia y la Obra del Espíritu Santo

La conciencia es descrita como el soplo divino que permite distinguir entre el bien y el mal. Pero algunas personas logran apagarla, lo que les permite cometer atrocidades sin remordimiento. Por eso es fundamental pedir que el Espíritu Santo mantenga viva nuestra conciencia, despertándola continuamente para reconocer el pecado, rechazarlo y amar a los pecadores. Una conciencia despierta es un instrumento que Dios usa para guiar a sus hijos.

La Confesión y la Limpieza Interior

Al mirarnos en el espejo de la verdad, que es Cristo, debemos ver la luz de Dios reflejándose en nuestro interior. Si descubrimos pecado, debemos pedir perdón y arrepentirnos, no por características físicas, sino por actitudes, pensamientos y deseos que ofenden a Dios. La conciencia debe ser limpiada y fortalecida para que no acuse, sino que actúe como guía espiritual. Las palabras de Cristo son absolutas y no deben adaptarse a nuestras conveniencias.

Los Milagros de Jesús y el Llamado a Evangelizar

Jesús sanó a muchos de enfermedades, plagas y ceguera, como se relata en Lucas 7:20. Este poder sigue manifestándose hoy en el ministerio y en retiros espirituales. El evangelio debe predicarse a los pobres y acompañarse de obras de amor y servicio. Bienaventurado es aquel que no tropieza con las palabras de Dios y que las obedece con reverencia.

La Humildad Como Camino a la Sabiduría

El arrepentimiento es presentado como la mayor sabiduría que Dios concede después de la caída. La humildad es la madre de todas las virtudes y es esencial para arrepentirse. Esta virtud no se enseña en ninguna parte, por lo que debe pedirse a Dios. Solo un corazón humilde puede reconocer su pecado, cambiar y ser transformado por la gracia divina.

La Sangre de Cristo y las Obras Vivas

La sangre de Cristo tiene poder para limpiar las conciencias de obras muertas, es decir, obras realizadas sin fe o buscando méritos humanos. Solo las obras que Cristo produce en nosotros tienen vida. Dios desea limpiarnos de una conciencia cargada de obras humanistas o religiosas que no nacen del Espíritu.

Solo mediante el sacrificio de Cristo podemos presentarnos ante Dios y entrar en su presencia con libertad.

La Misericordia de Dios y el Perdón Completo

El Salmo 51 expresa la profundidad de la misericordia divina y la necesidad de pedir perdón. No importa cuántos pecados o rebeliones haya cometido una persona: si se arrepiente de corazón, Dios puede limpiarla y purificarla. Su misericordia supera la culpa más grande y brinda un perdón completo que restaura la paz del alma.

La Deuda de Amor y el Clamor por Israel

La deuda económica afecta a muchas personas, pero la deuda más importante es la de amor: amar a Dios y al prójimo. Se menciona un viaje a Israel para anunciar un mensaje profético y recordar que los judíos, como los gentiles, son pecadores necesitados de perdón. Israel ha sufrido tres genocidios enormes y no debe ser culpado de todos los males del mundo. La justicia divina da atenuantes y agravantes, y la humanidad entera es culpable ante Dios.

Consuelo Para Israel en la Palabra de Dios

Isaías 40 ofrece consuelo al decir que el tiempo de sufrimiento de Israel ha terminado y que su pecado es perdonado. Aunque no todos los israelitas reciban esta palabra, si uno la recibe, hallará esperanza sabiendo que Cristo ya pagó por sus pecados. Dios invita a buscarlo mientras puede ser hallado y a dejar el pecado para recibir su misericordia abundante.

La Llamada Final al Arrepentimiento y a la Purificación

El mensaje concluye con una exhortación a presentar todo pecado ante el Señor, sin justificar nada. El Espíritu Santo revela el estado del corazón y produce la vergüenza saludable que conduce al arrepentimiento. Ningún pecado debe guardarse como si no fuera grave; todo debe ser llevado a la cruz. Debemos pedir perdón por pensamientos, deseos, miradas, orgullo, rebeldía y egoísmo. Dios está dispuesto a perdonar completamente a quien se acerca con un corazón sincero y quebrantado.